

No he tratado de insultar al ejército. Lo que he dicho es que la voluntad de los ejércitos suele ser en política muy cambiante. Y la verdad es que se ha visto que los grandes militares que sirvieron á Napoleón I, cambiaron de opinión. Ney sirvió primero á Bonaparte y luego á los Borbones; Bernadotte abandonó á Napoleón; Murat, siendo pariente suyo, le abandonó también; Soult sirvió primero á Bonaparte, luego á los Borbones, y por último á los Orleans; y siempre se ha visto que para todo sirven las bayonetas menos para sentarse en ellas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

DISCURSO

PRONUNCIADO EL DÍA 12 DE MARZO DE 1870,
SOBRE LA POLÍTICA DEL GOBIERNO.

Señores Diputados, á pesar de las grandes preocupaciones que á todos nos embargan, voy á explanar mi interpelación, anunciada hace quince días, al Gobierno. El Congreso comprenderá que yo me encuentro hoy muy perplejo bajo el peso de grandes y trágicos incidentes. Yo me proponía, Sres. Diputados, hablar principalmente de una persona que en el pensamiento de algunos está destinada para la más alta magistratura que ejercerse puede en nuestra nación. Pero yo, torciendo todo el curso de mi oración, no aludiré, ni directa ni indirectamente, á esa persona, por el respeto que me inspiran siempre grandes y terribles desgracias.

Mi interpelación, pues, Sres. Diputados, se concretará á la política del Gobierno. Estamos mal, estamos muy mal. Si yo me dejara llevar del misticismo invencible, lo confieso, que hay en el fondo de mi alma, reclinaría la cabeza sobre el pecho, aguardando resignado la hora de la suprema catástrofe,

como aguardaban los milenarios de la Edad Media la hora suprema del juicio final.

Pero aquí no soy yo individuo, sino la representación de millares de individuos; no soy una persona, sino la personificación de mis electores, y no puedo resignarme á cobarde silencio, que sería segura complicidad con esta revolución estéril, cuando el término de las revoluciones estériles pueden ser las dictaduras sangrientas, y el término de las dictaduras sangrientas arruinar lo más sagrado que hay sobre la tierra: el esfuerzo de treinta siglos, la obra de innumerables generaciones, la salud y la vida, tal vez la honra y la independencia de la patria.

Señores Diputados, yo no quiero exagerar nuestro estado político y social; no quiero. Me remito á vuestro juicio, invoco vuestra propia conciencia. Todos recibiréis cartas de vuestros electores en las cuales se os dice, poco más ó menos, esta fórmula: no podemos tolerar más ya tal situación; esto es verdaderamente intolerable. Todos, si prestáis oídos á las conversaciones que se susurran al paso, recogeréis la misma expresión de universal disgusto.

Cualquiera diría que nuestra sociedad es una sociedad en demencia, capaz de apelar al último recurso, al recurso del suicidio, si este crimen pudiera ser cometido por los pueblos. Pero hay un suicidio más terrible que el suicidio material; hay el suicidio de la libertad, hay el suicidio de la conciencia, hay el suicidio del alma; suicidio á que están muy ex-

puestos los pueblos latinos, como acostumbrados á largas épocas de vil y corruptor cesarismo.

Yo comprendo, Sres. Diputados, los males que son anejos á todas las revoluciones sociales. Yo he medido los males que le costó á Inglaterra transformar el régimen cortesano de los Tudores y de los Estuardos en el régimen parlamentario de los Oranges y de los Hannovers. Yo he medido y estudiado los males que le costó á América transformar su régimen colonial en régimen republicano. Yo he medido y estudiado los males que le costó á Francia pasar del régimen feudal á otro régimen más popular.

Señores Diputados, yo sé que en todas estas grandes renovaciones sociales los intereses luchan con los progresos, los privilegios con los derechos, y que estas luchas vienen preñadas de grandes y trascendentales catástrofes. Pero yo me quejo, la nación se queja por mi boca de que aquí todos sabemos de dónde venimos, pero nadie, absolutamente nadie, sabe á dónde vamos. De aquí todos los males de las revoluciones sin ninguna de sus ventajas; de aquí la ruina de los intereses, la sobreexcitación de los ánimos, la efervescencia de las pasiones, el encrespamiento de los partidos, la perturbación diaria, sin que compensemos tanta desgracia con aquel saludable baño en las grandes ideas, en los grandes principios, que da robustez á los pueblos; esa robustez, promesa segura de una larga vida.

¡Las ideas, los principios! De todo lo grande, sí, de todo lo noble, de todo lo heroico creo yo capaz al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, menos de tener una virtud bien vulgar: la fe en las ideas, la fe en los principios. Y no hay que equivocarse: ó las revoluciones no son nada, ó se reducen á moverse, sin saber por qué; á marchar, sin saber á dónde; ó las revoluciones son el ascenso penoso, pero regenerador, á esas cimas de lo ideal, donde se transfiguran los pueblos, como dice la tradición evangélica que se transfiguró Cristo en la montaña de Thabor.

El Sr. Presidente del Consejo toma las ideas, los sistemas, las fuerzas morales, y las convierte en fuerzas físicas; toma á los que representan, á los que personifican esas ideas, á los grandes repúblicos, y los agrupa como pelotones de soldados, y los uniforma como regimientos con número, y los distribuye y renueva como guarniciones de un fuerte, y los coloca en posición militar: al uno en el Consejo de Estado, al otro en el Ministerio de la Gobernación, á éste en París y á aquél en Palacio, para que de lejos ó de cerca guarezcan ese banco, y defiendan su poder y su influencia personal.

Voy á decir una cosa que atenúa un poco esta grave acusación, porque, en rigor, es de justicia. El Sr. Presidente del Consejo tiene un móvil más alto que su interés, tiene la creencia de que él es la libertad. El Sr. Presidente del Consejo de Ministros, ya lo habréis notado, no solamente confunde su

persona con la libertad, sino que le parece que deben estar confundidas en la conciencia nacional, como están confundidas en su propia conciencia. Quejaos de que hay infinitos emigrados sin pan y sin hogar, entre los cuales se cuentan los que más contribuyeron á la revolución de Septiembre; quejaos de que los ciudadanos son sometidos á jueces incompetentes y violados por consecuencia en ellos los derechos individuales; quejaos de que las manifestaciones se ven seguidas de esbirros y arrancados de la tribuna popular los oradores de los clubs; quejaos de que se renuevan los procesos de imprenta como en los peores tiempos de las administraciones pasadas, y de que hay muchos escritores políticos en la cárcel, porque los preceptos del general Prim toman la crítica por desacato y se creen más inviolables que los antiguos reyes. (*Rumores.*) El que no se queja no tiene en este instante verdadero conocimiento de la situación de España. Quejaos de que los Ayuntamientos se mueren de hambre, de que las casas de beneficencia se arruinan, de que los consumos se renuevan, de que los estancos se perpetúan, de que las quintas vienen como una grande nube, henchida por la evaporación de nuestros errores, lloviendo sobre nuestras conciencias lágrimas del pueblo que debiéramos sentir como gotas de plomo derretido; quejaos de todo esto, y el Sr. Presidente del Consejo de Ministros os dirá con o'ímpica sonrisa que mientras él esté en el poder no corre peligro alguno la

libertad, esa libertad que le mostráis herida, exánime, muerta, aniquilada á sus plantas y por su culpa.

Pero, Sres. Diputados, este error del general Prim, este error de creer que su persona es la libertad, le lleva á otro error no menos grave. (*El señor Ministro de Estado se sonríe.*) ¡Ah, Sr. Sagasta! si Su Señoría se hubiera reído menos y hubiera meditado más, no nos encontraríamos en esta grave situación. No es hora de reír sobre los males de la patria; es hora de llorar; y si no de llorar, de remediarlos. Señores Diputados, ese error, decía, le lleva al Sr. Presidente del Consejo de Ministros á otro error no menos grave: al de figurarse que el pueblo se contentará con ver á sus antiguos amigos en el Gobierno, aunque no vea las ideas que esos antiguos amigos representaban en la oposición.

Así es que el Sr. Presidente del Consejo de Ministros pone un gran cuidado en todas las cuestiones de personas, y opone una implacable indiferencia á todas las cuestiones de principios. Yo he visto muchos Presidentes del Consejo de Ministros con una mala política; pero hasta que me he encontrado con el general Prim no había visto un Presidente del Consejo de Ministros sin ninguna política. Apelo, Sres. Diputados, á los hechos, invoco los hechos.

Un día, cuando las primeras crisis, se encontró en el quicio de aquella puerta con un respetable anciano,

el cual había defendido que los derechos individuales provienen de las leyes, y que por lo mismo son restringibles, y le ofreció la cartera de Gracia y Justicia, destinada á velar por esos derechos, y como la rehusara, á los pocos pasos encontró á un ilustre joven, el cual había sostenido todo lo contrario, que los derechos individuales son ilimitables, porque provienen de lo más íntimo de nuestra naturaleza.

De suerte, que al general Prim le era lo mismo optar entre dos corrientes, no sólo contrarias, sino opuestas, entre dos corrientes que no podrían encontrarse paralelamente en lo infinito, y que, sin embargo, se encuentran en su persona. Tiene hoy un Ministro de Gracia y Justicia, ardiente defensor de la separación entre la Iglesia y el Estado, y tenía antes otro Ministro de Gracia y Justicia, el Sr. Herrera, tan ardiente defensor de los Concordatos, que dejó sobre la mesa un proyecto de ley pidiendo á Roma su sanción teocrática para nuestros derechos democráticos. Arrojó al agua al Ministro de Marina, lo cual indicaba una renuncia á ciertas esperanzas, y hoy departe el poder con el mismo Sr. Ministro de Marina, lo cual prueba que han renacido ciertas esperanzas.

Apoyó enérgicamente al antiguo Ministro de la Gobernación, que representaba aquí una política excesivamente conservadora; que había dividido nuestro país en castas, en partidos monárquicos y partidos republicanos; que se jactaba de romper todas las

leyes contra el partido republicano, y hoy tiene á su lado á otro Ministro de la Gobernación, cuyos discursos vienen á ser otros tantos votos de censura lanzados sobre la frente del antiguo Ministro, recluso, como en un cuartel de inválidos, en el departamento de Estado, incompatible con su carácter guerrero, y en donde se muere materialmente de nostalgia por su antiguo Ministerio.

Apoyaba la gran reforma que sobre el clero trajo el Ministro patriota Sr. Ruiz Zorrilla; y á pesar de sostenerla con el cariño de amigo y el fervor de un progresista, á los pocos días, desafiando los anatemas de la Tertulia, cambiaba el arreglo del clero por unos cuantos votos para el Duque de Génova. Era vencido, como yo anuncié desde este banco, era vencido en Florencia á causa de esta candidatura; y cuando era vencido en Florencia, en la capital de una nación extranjera (que con esa larga odisea en busca de reyes imposibles y extravagantes, no sé en qué tiempo vamos á acabar), y cuando era vencido en una nación extranjera, no quiere ser vencido en Madrid el vencido en Florencia, vencido en Lisboa, y sobre todo, vencido en París, el Waterlío de las candidaturas monárquicas. De suerte, que sobre la cuestión de las cuestiones, sobre la cuestión de candidatos, el General no tiene pensamiento.

Ahora bien, Sres. Diputados, yo pregunto á todas las personas independientes; yo pregunto á todas las personas desapasionadas: ¿esto es política? ¿Se puede

llamar á esto política? Un orador ilustre de esta Cámara llamaba al general O'Donnell la unidad seguida de ceros. Pues yo llamo al general Prim un cero capaz de ser sumado con todas las cantidades imaginables. Dentro, se entiende, Sres. Diputados, porque yo no quiero que mi palabra vaya más allá de mi pensamiento, dentro, se entiende, de las combinaciones políticas que caben en el interior de esta Cámara. Y, señores, le llamo cero, no por lo que el cero tiene de nulo, porque ya sé yo que el general Prim es muy inteligente, es muy poderoso, es muy fuerte y es muy hábil: le llamo cero, por lo que el cero tiene de indeterminado. Y si no, vamos á un ejemplo. Imaginaos que el papel de las probabilidades de una monarquía se cotiza en nuestra Bolsa política, es decir, en el salón de conferencias, á 9. Pues poned resueltamente en su favor, es decir, poned á su derecha al general Prim, y ese papel se cotizará mañana á 90. Poned á su izquierda, en su contra, al general Prim, y mañana descenderá ese á la categoría de un número decimal.

Un hombre que puede con sus evoluciones aumentar ó disminuir el valor de una institución tan grande, tan antigua y tan fuerte como la institución monárquica, es un hombre muy poderoso, pero en realidad es también un hombre muy responsable. Y puesto que lo puede todo, que nos responda de todo.

Y no creo que se incomodará conmigo el señor Presidente del Consejo de Ministros si yo le digo al-

gunas palabras que ha oído de Diputados de la mayoría en mi presencia, los cuales no me dejarían mentir.

Aquí, antes de la revolución, había dos hombres capaces de contrastar la omnipotencia á que el general Prim ha llegado en el partido progresista. Era uno, el gran militar de ese partido, el general Espartero: era otro, el gran orador de ese partido, el Sr. Olózaga. Yo ignoro por qué misterio el general Espartero no ha salido de su retiro de Logroño, y el Sr. Olózaga ha aceptado su áureo pero impotente retiro de París.

Después de la revolución, había dos hombres los cuales podían contrastar la influencia soberana del general Prim en el país. Era uno, el representante de la Unión liberal, el vencedor de Alcolea, el general Serrano; era el otro, el representante de esa entelequia que aquí se ha llamado democracia monárquica, pero representante siempre ilustre, para mí muy respetable, era el Sr. Rivero. El general Serrano, á la cabeza del Poder ejecutivo, se encontraba en contacto diario con las fuerzas vivas del país; y el Sr. Rivero, en aquella silla, representaba la más alta legalidad, la más alta autoridad de la nación; y por razón de otro cargo, al cual le había sabido dar una grande importancia, mandaba las únicas fuerzas populares que hay organizadas en España, la Milicia de Madrid. Y mirad la situación de estos dos hombres. El general Serrano, el vencedor de Alcolea, el

representante de la Unión liberal, ha subido á un puesto tan alto, que allí es una especie de rey, aunque sin atributos; una especie de Dios, aunque sin providencia; y como sucede á todos los que ocupan puestos muy altos en crisis muy democráticas, se encuentra reducido á una gran nulidad, aunque la envuelvan sabiamente, como para ocultársela, en nubes de incienso, mientras que el otro, Alcalde de Madrid, comandante de la Milicia y Presidente de esta Asamblea, ha bajado desde aquel sitio hasta ese banco (*Señalando alternativamente á la Presidencia y al banco de los Ministros*), y ahí en ese Ministerio de la Gobernación, su talento sintético, su talento filosófico, se estrellará contra las minuciosidades administrativas y políticas de todos los días, y mucho más si quiere convertir este Ministerio de la Gobernación en ministerio de la ley, cuando ciertos partidos gobernantes desean que se convierta en fábrica de destilar el virus de la influencia moral sobre las urnas electorales, y dentro de poco, ora por el Gobernador de Córdoba, ora por el Gobernador de Tarragona, tal vez por un Director ó por un Secretario, así como le han arrancado de ahí (*Señalando al sitio de la Presidencia*), le arrancarán de ese banco (*Señalando al de los Ministros*), y le arrojarán aquí, al banco de los demócratas (*Señalando los asientos de su izquierda*), donde vendrá á ser entre ellos jefe, pero jefe honorario de una fracción de vencidos.

El general Prim, Sres. Diputados, sabe muy bien que no puede sostenerse mucho tiempo en este equilibrio imposible, de estar sobre los partidos, con todos los partidos y contra todos los partidos. Así es que el secreto de su política consiste en infundir esperanzas á todos. No las infunde con sus promesas, porque es muy cauto y no las da; no las infunde con palabras, porque es muy reservado y no las dice; no las infunde con actos, porque es muy diplomático y no se compromete; pero las infunde, y las infunde á todos, con el enigma, con el secreto, con el misterio de su política.

Observad lo que pasa en esta Cámara. Pues lo mismo que pasa en esta Cámara, pasa en España. En esta Cámara nadie habla, nadie quiere hablar sobre la política del Gobierno. Imaginaos que yo tuviera pensamiento de comprometer á hablar á todos los jefes de los grupos que hay en esta mayoría. Pues sería muy cándido en proponérmelo, porque nadie hablaría. Diría cosas muy atroces; diría que los oradores que hablan se parecen al Aquiles de la *Iliada* en que combaten, al paso que los oradores que callan se parecen al Aquiles del poema de Alejandro que hacía calceta en un convento de monjas; pero no se ofenderán, y seguirán callando. Les atribuiré los propósitos más descabellados, los planes más absurdos, y callarán. Los aludiré nominalmente. Al señor Cánovas no le aludiré; no lo necesito, porque está un poco lejos de esta situación. Pero aludiré nomi-

nalmente al Sr. Posada Herrera, que es su amigo y su enemigo, que se encuentra en una posición indescifrable y casi imposible. Sin embargo, el Sr. Posada Herrera no tomará la palabra; se envolverá en misterioso silencio. Aludiré luego al más impetuoso de todos los oradores de esta Cámara, á aquel que empeña batallas por estar seguro siempre de su victoria; y á pesar de mi pequeñez y de la colosal estatura suya, aunque yo quisiera hacerle salir de su tienda retándole á luchar conmigo, su tienda continuará cerrada: no hablará el elocuentísimo orador Sr. Ríos Rosas.

Hay aquí en esta mayoría, hay en la fracción progresista oradores que se encuentran en situación de enemistad latente con el Gobierno. Por ejemplo, el Sr. Mata dirige una fracción que ha dado algunas noches cierta pesadumbre al Sr. Presidente del Consejo de Ministros. Pues le nombraré y no hablará.

Luego proporcionaré una ocasión al Sr. Madoz de que grite «¡viva el Duque de la Victoria!», y como todos, callará el Sr. Madoz; que si bien su cualidad culminante es la franqueza, el Sr. Madoz no tomará la palabra.

Me iré luego al sitio donde están mis antiguos amigos y le preguntaré al Sr. Rodríguez, que también es de temperamento guerrero, por qué ha dimittido la Vicepresidencia, por qué ha abandonado á sus amigos, y á pesar de que no se puede contener, y la

frase de «Pido la palabra» le anda vagando por los labios, no pedirá la palabra.

Y luego me dirigiré al Sr. Martos. El Sr. Martos es mi amigo, pero nunca tiene la dignación de hacerme confidencias políticas; y yo conozco, yo adivino sus ideas por su actitud misteriosa; esta Asamblea, en realidad, parece una Asamblea de sombras. Aquí nadie habla, aquí no hay más que dos cosas francas, Sres. Diputados, mi palabra y la cara del Sr. Topete. (*Risas y aplausos.*)

El Sr. Martos se encuentra disgustado, profundamente disgustado con esta situación. Él dijo aquí en cierta sesión célebre, con una sinceridad perfecta, que no podía salir el Gobierno de tan grandes y extraordinarios obstáculos como le rodean, si no daba un cuarto de conversión hacia la izquierda.

El Gobierno se ha empeñado en ir dando cuartos de conversión hacia la derecha. Y el Sr. Martos lo ve esto con gran disgusto, con gran dolor. ¿Por qué no habla? ¿Por qué? ¿Por qué no despliega su bandera? Hará este jefe lo mismo que los demás jefes; se encerrará en su silencio. Hará este grupo lo mismo que los demás grupos; se envolverá en el misterio. ¿Queréis la clave de tan extraño enigma? Yo os la daré. Callan todos, porque todos esperan algo del general Prim para sus respectivas soluciones.

Y lo que sucede en la Cámara, sucede fuera de la Cámara. Yo conozco muchos borbónicos que dicen, sin razón por supuesto, pero justificados por tanto

misterio, que el general Prim aguarda á que crezca el príncipe Alfonso. Yo conozco muchos partidarios de otro candidato que tantos respetos me vedan el nombrar, los cuales dicen: «El general Prim aguarda vencer ciertas repugnancias que hay contra ese candidato en el partido progresista; ya las hubiera vencido á no ser por la tenacidad del Sr. Ruiz Zorrilla.» Es más, Sres. Diputados, yo conozco algunos republicanos, los cuales son capaces de combatirme antes mil veces á mí, tan constante en defender la república, que al general Prim, tan rudo en combatirla. ¿Y por qué? Porque así como los judíos esperan su Mesías del indiferente é implacable Jehová, ellos esperan del general Prim el Mesías de la república.

No dudo que esta política será muy hábil, que esta política podrá ser muy diplomática; pero esta política tiene en realidad un grande inconveniente, y es que mantiene todas las ideas en efervescencia, todas las esperanzas en exaltación, todas las utopías en juego, todos los partidos en lucha, todos los intereses en triste incertidumbre, y por consiguiente derrama el caos sobre la conciencia, y el caos sobre el suelo de la patria.

¿Hay aquí alguna puerta cerrada para alguna esperanza? ¿La hay? Yo quise cerrar herméticamente las puertas á los antiguos Borbones. ¿Se han cerrado? ¿Se ha cerrado ni siquiera esa puerta? ¿Proceden así los grandes republicanos? ¿Procedieron así nuestros padres en 1834? No se puede edificar una nueva situa-

ción sin aprovechar en parte las ruinas de la antigua. Cuidado que en esas ruinas no haya algún rescoldo que incendie el nuevo edificio. Yo quise cerrar la puerta á los antiguos Borbones, y esa mayoría que tanto ha echado en cara sus conjuraciones á la fracción absolutista, se interpuso, y aquí no hay veto á ninguna esperanza.

Os quejabais hace pocos días de la exaltación de los carlistas. Os quejabais de las perturbaciones que por todas partes produce su conjuración colosal. Y yo os vuelvo á preguntar: ¿es de extrañar, cuando no habéis querido ni siquiera cerrar la puerta á los antiguos Borbones? ¿Es de extrañar, cuando delante de mi proposición, que los excluía para siempre, retrocedisteis vosotros como espantados?

Así, aquella familia abominada por el espíritu del siglo, maldecida de los pueblos libres, no contenta con habernos mutilado Gibraltar por sus guerras de sucesión; no contenta con haber sacrificado las Américas á sus pactos y á sus intereses; no contenta con haber hundido nuestra marina en las aguas de Trafalgar por convertir en reyes á sus infames favoritos; no contenta con haber cedido la tierra patria al conquistador en sus tratos de Bayona; no contenta con habernos consumido y devorado en la guerra civil, cual si nunca estuviera harta de nuestros males; cual si nunca estuviera saciada de nuestra sangre; ahora, que sentencias inapelables y definitivas la expulsan de Francia, de las Dos Sicilias y de Parma, ahora,

como si fuéramos el eterno despojo de su ambición y el juro eterno por heredad de su feroz espíritu reaccionario; por la rama vencida en Alcolea, penetra en nuestros cuarteles y trama conspiraciones como las últimas que tantos terrores han causado al Gobierno; mientras que por la rama vencida en Vergara alarma nuestros campos, promete al campesino que la servidumbre será para él un espejismo de gloria, arranca al sacerdote del altar para convertirle en ministro de la matanza y de la guerra: que los descendientes de María Luisa, los hijos del feroz Fernando VII, los nietos del último inquisidor, de don Carlos, no estarán satisfechos hasta que no hayan convertido en desierto sobre el planeta, y en ludibrio del mundo sobre la historia, la tierra heroica, que se ha arrancado, como las raíces de un cáncer, sus maldecidos tronos. (*Aplausos.*)

La sociedad de los modernos se parece á la naturaleza de los antiguos en una cosa, en que tienen horror al vacío. Y el vacío que han dejado las antiguas instituciones no se puede llenar por ninguna personalidad; ninguna, por podrosa, por fuerte, podrá llenar ese vacío.

El vacío que han dejado las antiguas instituciones sólo se llena con el aire vital de los principios democráticos. Cuando habéis aceptado el sufragio universal, habéis aceptado la democracia. Pues bien, no se ponga el general Prim á dirigir las ideas democráticas sino después de haber estudiado, después de ha-

berlas conocido. Yo no puedo negar que los pueblos tienen grandes simpatías por los generales. No hay miedo que se oigan en nuestros días aquellas palabras que el sublime trágico inglés pone en boca del pueblo romano, atento á un orador: «¡Qué bien habla! hagámosle nuestro César.» Ahora se dice, mirando á la espada de un general: «¡Qué bien pega! hagámosle nuestro César.» Pero si hay en las democracias modernas tendencias hacia el militarismo, también hay tendencias hacia la desconfianza. Yo no me quejo de esas tendencias. Cuando veo que las democracias murmuran de sus oradores, de sus tribunos, de sus jefes, en vez de afligirme, yo me alegro. Prefiero que desconozcan la virtud de Aristides y el valor de Temístocles á que se entreguen á Pisistrato. Prefiero que cometan el crimen de sacrificar sus amigos, los Gracos, á que cometan el crimen de entregar, deslumbrados por el genio, el género humano á la coyunda de César. Yo debo decir al general Prim que el pueblo español desconfía hoy mucho de su antiguo caudillo. Después de la guerra de África, sobre todo después de Méjico, su nombre era muy popular. Pero después de la última campaña en el poder, su nombre es impopularísimo. Todo el mundo dice que el general Prim ni es conservador ni es revolucionario. Todo el mundo dice que ni va á la monarquía ni va á la república. Todo el mundo dice que ni realiza las reformas que exige la democracia, ni realiza la estabilidad que exige el poder. Todo el mundo dice que no

sabe crear ni el orden ni la libertad. Atienda y oirá eso. Si no lo oye, si el pueblo calla, tiemble: *magni metus, et magna ira silentium est*, que decía Tácito.

La verdad es que el proceder del general Prim respecto del trono de los Borbones me recuerda el proceder de un general húngaro con la corona de San Esteban, que le cayó en las manos. No la ciñó á su frente, no buscó otra frente á que ceñirla, sino que la enterró; y luego la desenterraron sus antiguos dueños, los Austrias, para volver á poseerla. El general Prim se encontró enterrado el trono de los Borbones, y lo ha desenterrado tristemente. ¿No teméis que ese trono, en mal hora restaurado, torpemente restaurado, os llame á la restauración? ¿No teméis que ese trono vacío absorba hacia su cima la raza de los Borbones? ¡Ah, señores! ¡Lo digo con sinceridad! ¡Lo digo con verdad! No hay más que un medio de llenar ese vacío: las ideas democráticas. No os pido que declaréis la república, pero sí que os decidáis por la verdadera política democrática. No queráis atraeros á las clases explotadoras de la corte, de la centralización, del censo, del Concordato, porque es inútil: saben que la democracia significa la muerte de sus privilegios. No queráis atraeros al clero. Dadle la libertad que le pertenece; pero no le deis el presupuesto de la revolución, al cual no tiene derecho. No queráis atraeros las antiguas aristocracias, porque sois plebeyos como yo, y no os aceptarán nunca. Preferid vuestra genealogía, porque es

más noble descender de los oprimidos que descender de los opresores.

Desprendeos de esa descentralización política y administrativa, desprendeos de la influencia del clero, desprendeos de la influencia reaccionaria que siempre ha llevado al despotismo, y estad seguros que así habréis prestado un gran servicio á la patria. Poned arriba la revolución, por una serie de reformas, y habréis puesto abajo el orden por otra serie de beneficios. Tened fe en la libertad, fe en el progreso, fe en la democracia, fe en la revolución.

¡Predicación inútil! ¡Inútil ruego! ¿A quién hablo? A un Ministerio enemigo irreconciliable de todas estas soluciones. ¿A quién me dirijo? A una Cámara que se ha suicidado por sus dudas y por sus incertidumbres en la época que eran más necesarias sus afirmaciones y una decisión soberana. Yo encuentro el origen de todos estos males en el equilibrio inestable del Gobierno, y el origen del equilibrio inestable del Gobierno en la conciliación.

Os lo dije, ahora hace un año, desde este mismo sitio: «La unión de conservadores y radicales me parece imposible.» Los partidos conservadores podrán ser muy buenos para épocas normales, pero son muy malos para épocas revolucionarias, porque los partidos tienen sus estaciones como las plantas, tienen sus zonas como las especies. En esta atmósfera revolucionaria tan candente se abrasan los conservadores. Ellos representan una idea, un método, un in-

terés; vosotros, radicales, representáis otra idea, otro método, otro interés. Ellos representan el privilegio, vosotros el derecho; ellos representan la libertad limitada, vosotros la libertad absoluta; ellos representan la conservación de las iniquidades antiguas, y vosotros representáis las ruinas de todas esas antiguas iniquidades; ellos son la prudencia, vosotros debéis ser la audacia. No os juntéis con ellos, porque los escrúpulos de la prudencia destruirán la energía de la audacia, y sus ideas vuestras ideas, y sus intereses vuestros intereses, y sus privilegios vuestros derechos.

Lo que al comenzar nuestras tareas os anuncié, se ha cumplido. El estado de la Cámara, el estado de la política, el estado del país, ¿no lo demuestran completamente?

Y si no, ved cómo en el partido conservador se nota una gran tendencia á separarse de vosotros. El primero que reconoció esta necesidad fué el profundo político, el elocuente orador Sr. Cánovas. Luego un joven de fácil y galana palabra, que á la sazón desempeñaba un alto puesto en el Ministerio de Ultramar, protestó contra la legalidad revolucionaria, contra el sufragio universal. Más tarde, el laureado poeta que con tantos títulos ejercía un alto puesto en el Gobierno provisional, se levantó una noche, y á pesar de que su lenguaje nos atraía por su grandeza, sus ideas nos sublevaban por lo extrañas que eran á las nuestras, puesto que condenaban las democracias á una larga tutela.

¿Y qué significa, Sres. Diputados, qué significa en estos momentos el profundo silencio del Sr. Posada Herrera? El Sr. Posada Herrera, que tantas lecciones podía darnos de derecho político y de derecho administrativo, que él nunca ha dejado de ser catedrático, el Sr. Posada Herrera rompe su silencio una sola noche para defender el pomposo y amenazador título de Príncipe de Asturias. Este silencio del señor Posada Herrera, ¿qué me dice? Que está profundamente disgustado con esta situación. Y si no, que me desmienta; sus palabras ahí quedan. El Sr. Posada Herrera está completamente disgustado con esta situación.

Señores Diputados, yo no me explico por qué calla el gran orador de esta Cámara, que no tiene más profundo admirador que yo (y por si acaso lo dice luego el Sr. Ministro de la Gobernación, yo confesaré que ante todo soy un poco artista, y suelo amar la palabra por la palabra), y yo desearía que el Sr. Ríos Rosas se levantara y dijera aquí una de esas inmortales arengas que tanto brillo dan á nuestros anales parlamentarios. No se levanta, y calla; pero temblad, Ministros, porque ese silencio, como el silencio del Océano, oculta muchas y muy procelosas tormentas.

La verdad es que la conciliación está completamente rota, está completamente concluida. Si alguna vez os reunís cual en el Senado últimamente, es para oír reconvenciones tan enérgicas como la di-

rigida por el más radical de todos los conservadores, por mi elocuente amigo el Sr. Albareda. Pero os reunís bien poco, porque no os miraríais en secreto cara á cara sin escupiros al rostro vuestros mutuos agravios. Aquí se reúne alguna vez el partido radical, y los Ministros se dignan sentarse en estos bancos y convertirse en simples Diputados, como los reyes de la tierra suelen convertirse en pastores de los campos allá por las églogas de Teócrito, Virgilio y Garcilaso. Y mientras aquí están los radicales, en el salón de presupuestos ó en la sección tercera están los conservadores, y cada grupo, dentro de su campo, conspira, parlamentariamente hablando, contra el otro.

Hoy no queda más que un partidario leal, franco y decidido de la conciliación, el Sr. Topete, que mientras sus amigos y compañeros los Ministros están aquí, y los unionistas en el otro campo, él se pasea triste por el salón de conferencias, especie de laguna Estigia que separa la tierra y el averno, y allí se lamenta de tantos males, como se lamentaban, según nos dice Homero, por los campos donde Troya fué, las almas de los héroes insepultos.

Y esta conciliación se ha roto por grandes ideas, por grandes principios políticos, por grande discordancia en las esferas de la conciencia. Y si es así, no reconvegno á nadie. No hay fuerza en el mundo, no hay fuerza en la vida, como la fuerza que se toma en los principios. De mí sé decir, que si mi idea se